

¿Cómo no? decía Matilde, riendo de muy buena gana. Ese pobre abuelo me debe peor concepto; porque no solo lo tengo por tonto, sino por mentiroso. ¡Jesus qué hombre! no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables.—Pero eso lo cuenta por divertirnos.—¿Qué por divertirnos! ¿no ves qué formal se pone, y cómo se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? Pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que trague sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto: me enfada mucho un vicjo majadero.

¡Ah! conque tú conoces algunos viejos tontos y majaderos, cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? decía Don Rodrigo prosiguiendo. Despues de todo, hija, tú tienes razon. ¿Qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el Eclesiástico nos dice que tres cosas abomina y detesta de todo corazon, á saber: El pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo é insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, majaderos y viciosos. Ahora ¿en qué piensas consiste que haya tal cla-

se de viejos, que no son muy pocos? No sé, decía Matilde.—Pues sábetete que no consiste en otra cosa sino en que de mozos no cultivaron ni la ciencia ni la virtud. Cuando jóvenes despreciaron los libros, mofaron á los sabios, huyeron de los arreglados y timoratos; y así por necesaria consecuencia, cuando viejos, unos son unas máquinas semovientes, y otros (estos son los peores) sobre necios, son unos viejos escandalosos y detestables, que tienen que sufrir infinitos desprecios y burletas. ¡Justo castigo de su pereza y abandono! porque lo que se siembra en la mocedad, eso se cosecha en la vejez, y esta suerte corren las mugeres lo mismo que los hombres.

Todo está muy bueno, decía Matilde: estoy convencida de esas verdades; pero ¿á qué ha venido toda esta charla? Comenzamos por los niños, y hemos acabado por los viejos.

Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares, decía Don Rodrigo: se comienzan por una cosa y acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos ha-

blado se ordena á enseñarte que así como hay viejos sabios, hay viejos ignorantes; pues nadie adquiere talento, virtud ni erudicion solo por haber nacido ántes que otros.

¿Eso quién te lo niega? decia Matilde. Ya sabemos que el que de mozo no se instruyó, de viejo será un necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicacion ó pereza.

Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades, decia Don Rodrigo: y segun ellas, desde luego no creerás cuanto te han contado ni te cuenten tus tias, solo porque son viejas; porque no debemos cautivar nuestro entendimiento á sola la autoridad, si no hallamos apoyo en la razon ó en la experiencia. Solo en materias de fe no cabe esta regla; pues debemos sujetar el juicio á la revelacion, de que tenemos noticia por una tradicion antigua é inalterable; circunstancia que aun segun el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religion. Quizá otra vez te hablaré de esto con mas despacio. Por ahora repito, que solo en materias de fe hemos de creer con

sujecion á la autoridad; pero en materias humanas somos libres para examinar si puede una cosa ser verdad ó no, sin miramiento alguno á la persona que lo dijo; y cuando la razon ó la experiencia nos persuadan que es falso lo que nos han dicho, no solo podemos, sino que debemos despreciarlo, sea cual fuere el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen se halla, ademas de confirmada por la razon y la experiencia, recomendada por la autoridad de los sabios, entónces seremos insensatos ó locos si queremos resistirnos á su creencia. Por ejemplo: si yo quisiera persuadirte que no se debe castigar á los niños con dureza, con venganza ni frecuencia, porque tal modo solo sirve de hacerlos estúpidos, sinvergüenzas é incorregibles; y esto quisiera yo que lo creyeras solo por que soy coronel y tu marido, sin darte otra razon, seria una necedad mia, y tú no deberias creerme, si tenias otras ideas que te convencieran de lo contrario; pero si despues de haberte señalado la causa de lo que te digo por la razon y por la experiencia, añadiera las autoridades de un Ciceron, de un

S. Gerónimo, de un Blanchard, de un Fernelon y de otros varios, que van conformes con que el tratar á los niños con una imprudente severidad no solo es inútil, sino pernicioso; en este caso, digo, ya no tienes ningun fundamento para dudar de mi opinion porque la ves corroborada por la razon, la experiencia y la autoridad. Entónces ya me debes creer, y abandonar como boberías los máximas de tus venerables tias, reirte de los refranes vulgares, estar entendida de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la suavidad y el cariño, del que se debe usar mas liberalmente con las niñas, en atencion á su complexion mas delicada, á su pudor y timidez. Y descansando en estos racionales sentimientos, procurarás desde luego educar á Pudenciana segun mi modo, sin sujetarte á otro alguno contrario. ¿Qué te parece? á esto ha venido toda la conversacion de los niños y los viejos: ¿qué dices?

Qué he de decir, contestaba Matilde, que estoy perfectamente convencida de cuanto dices. La verdad tiene un poder irresistible. Desde hoy escucharé á mis tias y á las que no sean mis tias con mas

cuidado: reflexionaré en lo que me cuentan: haré lugar á la razon con imparcialidad; y si esta se declarare en su contra, despreciaré sus cuentos, me reiré de ellos, y no los creeré aunque sus autores tengan mas canas que cabellos. Pero hablando de aquellos muchachos duros y sinvergüenzas para quienes son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime ¿qué se debe hacer con ellos? ¿Se han de dejar impunes sus delitos? ¿se han de dejar perder porque no les aprovecha el castigo?

No se puede aconsejar tal cosa, decia el coronel. Yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo. ¡Infelices! Para estos ninguna educacion es buena por prudente y eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán ménos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres,

recluírlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó como sirvientas, pues, á lo ménos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretener el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se extravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres; pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convezas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa docilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es una señal segura de

talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones, para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo aunque muchacho, me engolosinaba en oírlos, y ellos nó se recataban de mí para hablar de sus ménos familiares asuntos: me amaban como hijo, y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

CAPITULO III.

En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.

Cada instante tenia yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto advertí, seria un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de cuanto pasó entónces para contarlo ahora con la misma exactitud; y así nos habrémos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo conservo en la memoria.